

## *Nota de la autora*

---

*P*ara consternación de esta autora, los ingleses siempre han tenido la lamentable costumbre de poner a sus monarcas el mismo nombre repetidas veces. Por ejemplo, ha habido seis Jorges, siete Eduardos, cuatro Guillemos, y, lo que es más importante para nuestros fines, ocho Enriques y cinco Isabeles, dos reinas por derecho propio y tres consortes del rey.

Esta historia trata de Enrique VII y su consorte Isabel de York, padres del tristemente célebre Enrique VIII y abuelos de la formidable reina Isabel. Juntos fundaron la dinastía Tudor, que proporcionó estabilidad a Inglaterra, pero su infancia y adolescencia discurrieron en tiempos turbulentos, llenos de guerras, asesinatos, adulterios y torsiones de la peor especie. El adulterio y la traición configuran el telón de fondo de esta historia sobre Enrique VII e Isabel de York.



## Prólogo

---

*Prólogo*

*22 de agosto de 1485*

*Bosworth Field*

**L**a muerte pasó silbando junto a Griffith *ap* \* Powel cuando esquivó la espada ensangrentada del caballero. Emitiendo su grito de guerra, hizo girar a su montura al tiempo que blandía su hacha de guerra.

El caballero cayó, pero Griffith no tenía tiempo de detenerse para observarlo. Otro caballero ocupó el lugar del primero, y otro, y otro más. Ninguno de estos debiluchos ingleses poseía la habilidad de un galés, pero los guerreros del ejército real de Ricardo seguían intentándolo con todas sus fuerzas. Griffith espoleó a su caballo. El terreno pantanoso se hundía bajo las patas del extenuado animal, y el olor fétido a muerte y descomposición flotaba a su alrededor. Por fin el corcel pisó terreno firme y, con un estruendoso choque de espadas, Griffith se enfrentó al grueso del ejército de Ricardo.

Utilizando su maza y su hacha, se abrió camino a golpes y estocadas entre la interminable colección de soldados a caballo. Los gemidos y gritos asaltaban sus oídos. El chorro de sudor que le resbalaba por el rostro y le caía en la boca sabía a sal y acero. Sintió

\* Prefijo de algunos apellidos galeses que significa «hijo de». (*N. de la T.*)

que le asestaban un golpe en la cadera, pero se apresuró a despa-  
char a su agresor. La sangre manaba de un millar de pequeñas heri-  
das, empapando el tejido acolchado debajo de su armadura, pero  
no hizo caso.

Tenía que llegar junto a Enrique.

La bruma matutina se deslizaba alrededor de Griffith. Las ran-  
uras de su casco limitaban su visión, pero en la colina que se alza-  
ba ante él divisó el estandarte que ostentaba la rosa de color rojo  
sangre de los Lancaster. Allí encontraría a Enrique Tudor, la última  
esperanza de la familia Lancaster.

Allí encontraría al hombre que sería coronado rey de Inglaterra.

Griffith peleó en los límites del campo de batalla, infligiendo  
daño donde podía sin perder de vista su objetivo. Se fue aproxima-  
ndo más y más, hasta que, tras dispersar a los guardaespaldas de  
Enrique con el ímpetu de su ataque, gritó en galés:

— ¡Enrique! ¡Señor, no tardarán en venir!

Enrique respondió en la lengua de su juventud:

— ¿Crees que no lo sé? — Señaló primero a un lado del campo de  
batalla, donde esperaba un ejército, y luego al otro, donde esperaba  
otro—. He enviado recado a cada uno de los comandantes, exigien-  
do que ataquen como prometieron hacer. No se han movido.

— ¡Hijos de perra! — Griffith se quitó el casco y bebió ávida-  
mente el agua que le ofreció el escudero de Enrique—. Juraron que  
nos ayudarían.

— Apuesto a que juraron lo mismo a Ricardo. — Enrique ob-  
servó el campo de batalla—. Esperarán a ver cómo se resuelve la  
situación.

Griffith esbozó una sonrisa de feroz regocijo.

— El ejército de Ricardo es numéricamente superior al nuestro  
y nos aventajan, pero les hemos causado numerosas bajas. Hemos  
matado a su mejor comandante, y sus tropas están desmoralizadas.  
Pero mirad, señor. — Griffith señaló hacia el otro extremo de  
Bosworth Field—. Ricardo de York viene por vos.

Enrique contuvo el aliento mientras observaba consternado el  
grupo de soldados que se dirigían hacia él. Era un grupo numero-

so, casi dos veces mayor que la guardia que le rodeaba. Lo encabezaba el propio Ricardo, sabiendo que si Enrique caía muerto, la causa de los Lancaster perdería fuerza. Ricardo, un excelente estratega y un curtido guerrero, podría haber sido también un buen rey, pero había arrebatado el trono a sus sobrinos. Había ordenado que asesinaran a los dos jóvenes, Dios sabe cómo, y que arrojaran sus cadáveres a una fosa común. Incluso en Inglaterra, donde las traiciones entre la realeza estaban a la orden del día, ése era un pecado que ni los plebeyos ni los nobles toleraban.

Ricardo III había ostentado la corona durante dos sombríos años, al tiempo que los rumores sobre su perfidia aumentaban. Decían que había mandado que envenenaran a su bondadosa reina, que había seducido a Isabel, su propia sobrina. Era hermana de los príncipes que él había ordenado que asesinaran, y de haberse desposado con él le habría proporcionado la legitimidad que Ricardo ambicionaba.

Pero se daba la circunstancia de que la joven estaba prometida con Enrique.

Era la unión ideal: la rosa roja de Lancaster y la rosa blanca de York. Griffith estaba empeñado en que se llevara a cabo.

Enrique no era un guerrero. Griffith no había decidido seguirle por su destreza en el campo de batalla, sino porque Enrique Tudor tenía derecho a ocupar el trono. Hijo de los Lancaster por vía materna, era el galés que prometían las antiguas leyendas, descendiente de Arturo, que uniría a Inglaterra y al País de Gales, dando a éste la autonomía que merecía. Griffith luchaba por Gales, por su hogar, por la promesa de tiempos mejores.

Con calma, como si él fuera el señor y Enrique su criado, le ordenó:

—Tomad el casco de manos de vuestro escudero y ponéoslo. Aflojad vuestra espada en su vaina. Sentaos de forma relajada sobre vuestra montura y procurad mantener el escudo ante vos. Conservad la serenidad y recordad —Griffith tocó con su maza el hombro de Enrique cubierto por la armadura— que no os he seguido desde Gales para ser derrotados.

—Me reconforta oírte decir eso —respondió Enrique.

Impartiendo órdenes en un inglés preciso y bien articulado, Griffith ordenó a los guardaespaldas de Enrique que formaran una hilera, les dijo que cargaran cuando él se lo indicara, colocó al abanderado al fondo de la fila y volvió a colocarse el casco. Luego regresó junto a Enrique y le dijo:

—No temáis, señor. Os protegeré con mi vida.

Consciente del peligro que corría, Enrique respondió:

—Quizá tengas que hacerlo.

Griffith ocupó su lugar en el borde de la colina, ligeramente por delante de los otros caballeros, y esperó. El grupo de Ricardo avanzó a través del campo de batalla en una pelea sin cuartel. Griffith siguió esperando. Su corcel temblaba, ansioso de unirse a la batalla. Esperó un poco más. Ricardo y sus hombres alcanzaron la colina. Y esperó. Los caballeros que se habían agrupado a su alrededor le rogaron que les diera la orden de cargar. Ricardo y sus hombres aminoraron el paso cuando comenzaron a ascender la colina. Entonces alzó la mano. Sus compañeros empuñaron sus armas. Griffith bajó la mano al tiempo que gritaba:

—*À Henry Roi!*

Los guardaespaldas saltaron de la colina como ángeles vengadores, aprovechándose de la velocidad que les ofrecía la cuesta descendente, el viento y el agotamiento de sus adversarios.

Pero Ricardo había elegido con acierto a sus caballeros, los cuales estaban tan entregados a él como Griffith a Enrique. Peleaban por Ricardo III, peleaban para que conservara el trono. Griffith giraba como un poseso, atacando, esquivando los golpes del enemigo, sembrando la muerte a diestro y siniestro con cada estocada y arriesgándose a morir con cada movimiento defensivo. Cada combate marcaba el fin de otro enemigo; cada combate generaba otro. Machacando a los hombres de Enrique con innumerables ataques, los soldados de Ricardo les obligaron a retroceder de nuevo hacia la colina, hacia Enrique. Griffith trató de impedirlo, de ralentizar la batalla, pero los hombres de Ricardo seguían avanzando más y más, aplastando a sus adversarios, numéricamente inferiores a ellos.

Griffith había contemplado la muerte cara a cara en otras ocasiones, por lo que no le costó reconocerla. Pero no se rindió. No podía hacerlo. El sueño era demasiado intenso, su deseo demasiado acuciante.

—À *Henry Roi!* —rugió de nuevo, pero el alarido que sonó junto a su oído sofocó su grito de guerra.

El abanderado de Enrique había caído. Los hombres de Ricardo habían formado un círculo detrás de él y nada se interponía entre Ricardo y Enrique. Durante unos breves instantes, Griffith confió en que Enrique recordara sus instrucciones. De pronto oyó un estruendo ensordecedor. La tierra tembló y Griffith se volvió, dispuesto a repeler otra carga, a perder la última batalla de su vida.

Parecía como si un ejército se hubiera abalanzado sobre ellos. Otros caballeros, los cuales empuñaban unas espadas que no estaban ensangrentadas y lucían unas armaduras inmaculadas, cargaron en medio del conflicto crucial. Los ejércitos que aguardaban no esperaron más. Habían visto quiénes se esforzaban en vencer y quiénes caían derrotados, y se lanzaron a galope para apoyar a los fuertes y destruir a los débiles. Griffith encorvó la espalda sentado sobre su montura en un gesto de impotencia, y sus fatigados ojos buscaron a Enrique. No podía llegar a él a tiempo; no podía ayudarlo. Sólo Dios podía hacerlo, y Dios parecía estar muy lejos.

Alzó con gesto cansino su hacha de guerra y su escudo, no porque pensara que podía salir con vida de la refriega, sino porque era impropio de él rendirse. Pero los caballeros siguieron atacando sin reparar en él, y de repente lo comprendió todo.

Estas tropas peleaban por Enrique. Por el motivo que fuere —por el bien del país, porque la causa de Enrique era justa—, atacaron a Ricardo y a sus guerreros. Y los aplastaron.

Los caballeros recién llegados gozaban con su tarea. Se reían mientras mataban a los hombres de Ricardo. Se reían mientras mataban también a los caballos.

Asqueado, Griffith pensó: *No lo hacen por el bien del país. Ni porque la causa de Enrique sea justa. Lo hacen para vengarse de forma inmisericorde de Ricardo.*

Procurando mantenerse alejado de ellos, condujo a su corcel de nuevo junto a Enrique.

—Lo han atrapado —exclamó Enrique, pero su voz no denotaba triunfo—. Mira, están matando a Ricardo.

De todos sus hombres, Ricardo era el único que se sostenía en pie. Los caballeros rodearon al rey de York formando un círculo y le atacaron sin piedad. Ricardo se defendió asestando feroces y contundentes golpes, y Griffith comprobó sorprendido que le vitoreaba cada vez que el monarca decapitaba a un enemigo. Pero la proeza de Ricardo sólo consiguió estimular la brutalidad de los otros, que se lo pasaban de mano en mano, ensartándolo con sus espadas, hiriéndole con sus hachas de guerra, golpeándolo con sus mazas.

En un último intento por liberarse —o quizá de morir con honor—, Ricardo hizo que su caballo se encabritara. El animal relinchó al tiempo que agitaba sus patas delanteras, derribando a dos caballeros de sus monturas. Uno de ellos alzó su espada y el noble animal cayó al suelo, su pecho blanco como la leche atravesado por una herida sanguinolenta.

Ricardo cayó al suelo estrepitosamente, enfundado en su armadura, y los caballeros se precipitaron sobre él. Su peto y su casco volaron por el aire envueltos en una lluvia de sangre.

La noble tierra inglesa absorbió los riachuelos de sangre. La sangre de los soldados de infantería. La sangre de los caballeros. Y la sangre real de Ricardo III.

Enrique Tudor observó la carnicería con una expresión horrorizada pintada en su enjuto rostro. Volviéndose hacia Griffith, pronunció el juramento en virtud del cual gobernaría Inglaterra.

—Si así es como los ingleses tratan a sus reyes derrocados, juro por los clavos de Cristo que nada ni nadie conseguirá arrebatar me el trono.



# Capítulo 1

*Castillo de Wenthaven  
Shropshire, Inglaterra, 1487*

El sonido del choque de espadas reverberó a través de la larga galería de la elegante torre del homenaje, y Griffith *ap* Powel esbozó una mueca de disgusto.

—¿Un duelo? —preguntó a su anfitrión—. ¿Me ha traído aquí para presenciar una exhibición de esgrima?

El conde de Wenthaven, con una incipiente calvicie, unos rasgos aristocráticos y una manada de *cocker spaniels* pegados a sus talones ladrando, era el paradigma de cortés hospitalidad.

—Sólo trato de satisfacer su petición.

Unas sonoras risas y exclamaciones de fingida aprensión asaltaron a Griffith mientras ambos hombres se abrían paso a través del círculo exterior de espectadores.

—No hay respeto para un guerrero en este país —comentó Griffith—. En Gales, combatimos a muerte con una buena espada que hay que sostener con ambas manos y un enemigo ante nosotros. No existe el llamado deporte de esgrima.

Con un elegante ademán, Wenthaven despachó el País de Gales y sus usos y costumbres.

—En realidad se trata de un deporte francés, pero muchos jóvenes viven aquí conmigo, y organizan una pelea con el menor pretexto. Pelean por el puro gozo de pelear, de modo que yo les animo a que

practiquen la esgrima. Las espadas son ligeras y tienen el filo romo, y un juicioso adiestramiento suele aplacar el impetuoso temperamento de los jóvenes. Por lo demás, si desea hablar con lady Marian, la antigua camarera de nuestra reina sin corona, debe venir aquí.

Griffith, indignado por la sensación de que abusaban de él y un total desprecio por la misión que le habían encomendado, replicó:

—¿Disfruta esta tal lady Marian viendo a unos estúpidos jóvenes destrozarse a golpe de espada?

Wenthaven se burló de Griffith con una sonrisa que puso de manifiesto sus hoyuelos.

—Si observara más detenidamente, vería el papel que desempeña lady Marian.

Su elevada estatura permitía a Griffith ver por encima del círculo de espectadores que jaleaban a los espadachines. Dos figuras danzaban sobre el pulido suelo de piedra, batiéndose con unas espadas con el filo romo. Ambos hacían gala de una destreza extraordinaria, la cual confirmaba la salud física y el espíritu juvenil de ambos.

Griffith no daba crédito.

—Uno de los espadachines es una mujer. Una mujer que empuña una espada.

Como una llama sobre una vela blanca, su cabellera rojiza le caía de la cofia enmarcando su pálido rostro. Sus ojos verdes chispeaban; su dentadura relucía cada vez que esbozaba una sonrisa deslumbrante. El borde de su falda de seda color crema colgaba de su brazo, permitiendo a Griffith atisbar sus musculosos tobillos y pantorrillas enfundados en unas medias de seda. Sus ágiles movimientos le tenían tan fascinado, que no reparó en la espada que la dama empuñaba en la otra mano.

¡Santo David, qué alta era! La joven se volvió hacia el apuesto hombretón y le miró a los ojos con descaro.

A Griffith no le gustaban las mujeres descaradas.

Canturreando una canción y desafinando de forma evidente, la dama ponía en ridículo a su adversario con los hábiles movimientos de su espada, con su expresión risueña, con su elevada estatura.

Su adversario tenía ambas manos libres con las que pelear, y exhibía una destreza y agilidad capaz de hacer que la mayoría de los hombres desistieran de enfrentarse a él. Pero respiraba trabajosamente, resollando con fuerza mientras el sudor le caía sobre los ojos y esgrimía su espada con una agresividad fuera de lugar en un duelo amistoso.

Estaba perdiendo.

Wenthaven, que estaba junto a Griffith, dijo:

—Es magnífica, ¿verdad?

Griffith emitió de mala gana un gruñido de asentimiento.

—Todo lo que sabe se lo he enseñado yo.

Incapaz de apartar la vista de esa belleza demasiado alta y demasiado descarada, Griffith comentó:

—Está loco. ¿Cómo se le ocurre a un hombre enseñar a una mujer a batirse en duelo con una espada?

Wenthaven se rió.

—Una mujer como ella tiene que saber defenderse de... digamos que de pretendientes inoportunos.

Las espadas curvadas chocaron, y con el roce las hojas de acero chirriaron y saltaron unas chispas azules.

—¿Una mujer como ella?

—Sí. —Complacido al observar la intensa concentración de Griffith, el aristócrata anunció—: Es lady Marian Wenthaven.

Griffith se volvió hacia él, perdiéndose el golpe de gracia de Marian, pero el clamor de la multitud hizo que se fijara de nuevo en ella. La joven emitió un grito triunfal cuando la espada de su adversario voló por el aire. Deleitándose con su victoria, alzó los puños para celebrarlo, y Griffith achicó los ojos.

—La extravagancia es un rasgo muy poco atractivo en una mujer.

Deseó que su cuerpo comprendiera lo que su mente creía.

Wenthaven chasqueó la lengua.

—Supongo que Adrian Harbottle no tenía la menor posibilidad de vencer. Es uno de esos caballeros sin tierras, poco más que un patán.

Griffith miró al hombre al que Wenthaven se había referido de

forma tan despectiva. Bendecido con un pelo rubio, una dentadura blanca y regular y un cuerpo atlético, Harbottle no parecía un patán. Era tan apuesto que a él le dio dentera. Le recordaba algo, algo familiar y reconfortante.

Sí, Harbottle se asemejaba al grabado dorado de un ángel en el *Libro de Horas* de su madre.

Pero Griffith habría apostado a que Harbottle no era un ángel. Su trabajosa respiración seguía agitando su poderoso pecho, y miró a Marian furioso. Griffith le observó, alarmado por la malevolencia que denotaban sus puños crispados.

Wenthaven prosiguió:

—Ha sido un imbécil al creer que podía desafiarla...

Harbottle se abalanzó sobre la espada de Marian, la tomó y la apuntó hacia ella. Los reflejos protectores de Griffith le indujeron a pasar a la acción antes de pensar en las consecuencias. Con un salto espectacular, aterrizó sobre Harbottle. Las mujeres gritaron y los hombres bramaron cuando derribó a aquel hombre, que agitaba frenéticamente los brazos y las piernas. Se oyó el crujido de huesos y tendones debido al impacto. Griffith rodó unas cuantas veces para alejarse de su adversario y se puso de pie mientras la espada se deslizaba a través del pulido suelo de piedra.

Antes de que pudiera alcanzarla, otra mano la recogió. Otra mano, delgada y femenina, apuntó con ella al cuello de Harbottle al tiempo que la voz de contralto de Marian decía:

—Eres un cobarde y un canalla. Ponte de pie y enfréntate a la pena por traición.

Harbottle se incorporó de rodillas, su rostro angelical crispado y resollando.

—Zorra, no muestras ni un ápice de compasión propia de tu condición femenina.

—¿Porque no he dejado que me venzas? ¿Que me mates? ¿Debo morir a manos de un caballero bastardo para demostrar que soy una dama? —Marian le pinchó ligeramente en el cuello con la reluciente punta de su espada—. Te he dicho que te pongas de pie y te enfrentes a esta dama a la que has deshonrado.

Marian había estado magnífica en su triunfo, y ahora lucía su furia como los ropajes de una reina. Griffith se aproximó. Si la extravagancia en una mujer le parecía tan poco atractiva, ¿por qué le atraía tanto el fuego de esta joven?

Harbottle se levantó y miró a Griffith.

—Te ocultas detrás de tu último amante.

Sin mostrar el menor interés, Marian despachó a Griffith con un ademán.

—Puedo matarte sin ayuda de ningún hombre, Harbottle.

Acto seguido echó el brazo hacia atrás, como si se dispusiera a atacarlo.

Harbottle abrió sus ojos azules como platos. El blanco se puso rojo debido al esfuerzo y al temor de dar al traste con su fachada de indiferencia.

—No serás capaz... No puedes...

—¿Quién me lo reprocharía?

Las mejillas de Marian palidecieron, pero Harbottle no se percató, pues tenía la vista fija en la implacable punta de la espada.

—Tengo dinero, si lo quieres...

Las mejillas de la joven adquirieron de nuevo color.

—Si te mato, el mundo se libraría de una alimaña como tú.

Respiró hondo y Griffith pensó que iba a hundir la hoja de acero en el pecho de Harbottle.

—Apíadate de mí —gimió Harbottle.

La expresión de severidad se borró del rostro de Marian, y señaló la puerta con la espada.

—Ve a lloriquear ante el sacerdote. Quizás él te perdone. Es cuanto puedes esperar, pues estas buenas gentes no olvidarán.

Harbottle retrocedió trastabillando, y cuando se hubo alejado una distancia prudencial, gritó:

—¡Putas! ¡Deshonras a tu familia ostentando su apellido! Tu pequeño bastardo cargará con el castigo por tus pecados. —Griffith se tensó, estupefacto, pero Harbottle no había concluido—. ¡Ese niño que has parido es idiota!

Marian alzó la espada para arrojarla, y los cortesanos que asis-

tían atónitos al espectáculo se apresuraron a ponerse a buen recaudo. Griffith le sujetó la mano antes de que la joven pudiera llevar a cabo su propósito y la atrajo hacia sí, obligándola a sepultar la cabeza en su pecho.

Un bastardo, pensó Griffith con gesto ceñudo. La joven había tenido un hijo fuera del matrimonio. No era de extrañar que la hubieran desterrado de la corte.

Un bastardo. Un niño al que su padre no había reconocido. Marian había hecho caer sobre sí el deshonor y el exilio con su indecorosa pasión, una ausencia de autocontrol que ahora mostraba en sus inútiles intentos por liberarse.

Harbottle, que parecía un insecto medio aplastado, echó a correr renqueando.

Marian siguió debatiéndose para liberarse, furiosa de que alguien se atreviera a interponerse entre ella y esa mala bestia que había insultado a su hijo. De pronto una voz grave le susurró al oído:

—La ira es el viento que apaga la lámpara de la mente, y usted es prueba de ello. Jamás amenace con matar a un hombre a menos que esté decidida a hacerlo. Se ha creado un enemigo de por vida, el cual no se dará por satisfecho hasta conseguir humillarla y derrotarla.

Marian apartó la cabeza con un movimiento brusco, alzó la vista y le miró.

Era un hombre gigantesco... y poco agraciado. Tenía el pelo negro, largo hasta la barbilla, y peinado hacia atrás, lo cual no contribuía precisamente a suavizar sus duras facciones. Su piel tostada había visto demasiado sol, demasiadas batallas, y las arrugas de la experiencia que surcaban su frente hallaban unas réplicas en las cicatrices que recorrían sus mejillas. Su nariz aguileña se había partido demasiadas veces, y su obstinado mentón estaba cubierto por una barba incipiente. Sólo sus ojos dorados mostraban cierta belleza, los cuales la observaban con tal desdén que Marian se enfureció aún más.

—Gracias, pero mis asuntos no son de su incumbencia.

Griffith emitió un suspiro de irritación, agitando los mechones de pelo que caían sobre la frente de la joven. Ésta se alejó unos pasos y le oyó murmurar:

—Ojalá fuera cierto.

Wenthaven, que estaba detrás de ella, dijo:

—Este gigantesco animal galés es el nuevo emisario que te envía la reina.

Marian se volvió hacia él.

—Maldito seas, Wenthaven. ¿Por qué no me informaste enseguida?

Extendiendo las manos en un gesto de dudosa inocencia, el conde respondió:

—Pensé que lo había hecho.

Despachándolo con un bufido, Marian ladeó la cabeza y examinó a Griffith, prestando especial atención a su indumentaria de color pardo y poco favorecedora.

—Es cierto que parece un animal. ¿Tiene nombre?

Griffith inclinó la cabeza, sin moverse, y acercó su rostro al de Marian.

—Me llamo Griffith *ap* Powel, para servirla.

Hablaba con tono quedo, y su nombre hizo que la joven se sonrojara.

—¿Griffith *ap* Powel? Griffith *ap* Powel no es un emisario de mi señora la reina. Es un hombre del rey.

Griffith se irguió, mostrando una expresión satisfecha que suavizó un poco el rictus de su boca.

—Soy un hombre del rey, y por tanto también de la reina, pues están casados y constituyen una misma persona en virtud de la ceremonia que celebraron en la iglesia.

Marian miró a su alrededor y vio que la multitud que se había congregado para aplaudir su destreza con la espada estaba ahora pendiente de lo que decía ese hombre. Indicó a un paje que se acercara, le entregó la espada y le ordenó que la limpiara y la colocara con cuidado en su lugar. El tiempo que había ganado con ello le permitió reprimir su ira.

—¿Cómo está Isabel de York? Confío en que mi señora esté bien.

Griffith, que también se había fijado en la multitud de curiosos que les rodeaba, le ofreció el brazo.

—La consorte del rey está perfectamente, al igual que su hijo y heredero, Arturo.

—El heredero del trono de Inglaterra. —Marian sonrió ante lo irónico de la situación—. Y Enrique Tudor es el padre.

—El padre es el rey Tudor.

Marian estuvo a punto de soltar una carcajada ante la pomposidad de Griffith, pero los años que había pasado en la corte le habían enseñado a respetar el poder del rey, aunque no a los hombres que trataban de acercarse a él. Aceptó el brazo que el caballero le ofrecía y respondió:

—Desde luego. El rey Enrique, el séptimo que ostenta ese nombre, es el padre del niño. ¿Ha permitido ya que coronen a su esposa?

—Aún no.

—Cuando el arzobispo unja la cabeza de Isabel y coloque la corona sobre su noble cabeza en la Abadía de Westminster, la elevará sobre el resto de los mortales. —Marian se apoyó en el brazo de Griffith, alegrándose de utilizarlo a modo de cuña para abrirse paso entre la multitud. Cuando dejaron atrás a las buenas gentes que se habían apiñado alrededor de ellos, añadió—: El rey tiene miedo. Teme que todos digan que debe el trono a su reina.

Griffith la corrigió sin pestañear.

—Es cauto, y hace bien.

—El trono se bambolea debajo de sus reales posaderas.

—¿Que se bambolea? No. Sólo una persona estúpida diría semejante cosa. Pero esos estúpidos que aseguran que el trono se bambolea también afirman que el rey es capaz de conservar el trono sin ayuda de los parientes de Isabel de York.

—Usted no es un cortesano, ¿verdad? —preguntó Marian sonriendo, más divertida que ofendida por haber sido tachada de estúpida.



— Soy lo que Enrique desea que sea.

— Entonces es un lacayo — comentó la joven, preguntándose si su acompañante respondería al insulto.

— En este momento, eso es lo que soy. Un emisario, que se dedica a entregar notas de una necia joven a otra. — Sin preguntar a Marian hacia dónde prefería encaminarse, la condujo a través de una puerta que daba acceso al espléndido jardín, saturado del perfume de rosas nuevas bañadas por el calor del sol primaveral—. Mi recompensa por llevar a cabo esta misión es una visita a mis padres en Gales.

El sol vespertino no favorecía a Griffith, según observó Marian. Revelaba que su pelo no era de color negro, como había supuesto, sino castaño oscuro y reluciente. Le nacía en un punto situado en el centro de la frente, dando a su enjuto rostro un aspecto diabólico, y le caía sobre la nuca como la melena de un león, confiriéndole el aire amenazador de una fiera. La luz del sol ponía de relieve su dureza, acentuada por su elevada estatura y corpulencia, y Marian se preguntó qué locura había inducido a Enrique a enviarlo de emisario.

¿Acaso trataba el rey de intimidarla? ¿Sospechaba algo? ¿Qué sabía? ¿Había compartido sus sospechas con su mensajero?

Un mechón de pelo rojo le cayó sobre los ojos y Marian trató con escaso éxito de recogerse debajo de su ajustada cofia.

Él la observó con un rictus cínico.

— ¿Se tiñe el pelo?

Dejando caer los brazos perpendiculares al cuerpo, ella le miró indignada. En sus veintidós años de vida, jamás había conocido a un hombre tan grosero.

— Si lo hiciera, ¿cree que me lo teñiría de este color?

Él no sonrió, no despegó los labios, no trató de deshacerse en fingidos halagos. En lugar de ello, tomó el mechón entre sus dedos y lo insertó hábilmente debajo de la cofia.

— ¿Puede oírnos alguien aquí?

Marian no consiguió descifrar nada por la expresión de Griffith salvo el profundo desdén que le inspiraban ella y la misión que

le había sido encomendada. Mejor que mejor, pensó. El castillo de Wenthaven era el paradigma de una vida de lujos en el campo, pero ella estaba habituada al agitado trajín de la corte. Ahora tenía la oportunidad de medir su ingenio con el de un arrogante caballero galés.

—Nadie puede oírnos, pero eso carece de importancia. Todo el mundo sabe que fui la camarera mayor de mi señora Isabel. Todo el mundo sabe que nos comunicamos siempre que podemos, aunque el mensajero suele ser... —Marian miró a Griffith de arriba abajo— algo más animado.— Extendió la mano con la palma hacia arriba y preguntó—: ¿Tiene una carta para mí?

Él sacó un pergamino de su cinturón, cerrado con el sello de la reina, y rompió la cera.

—¿Quiere que se la lea?

Marian se la arrebató de las manos y la guardó dentro de su manga.

—La leeré yo misma. ¿Me ha traído un talego?

Griffith sacó, más lentamente, un pesado talego.

Ella lo sopesó en la mano y emitió un suspiro de alivio.

—Gracias, dulce Virgen María.

—La reina le envía buena parte de su exiguo estipendio.

—Sí —convino Marian, pensando en su hijo de dos años que dormía en casa—. Se preocupa de mi bienestar. —Entonces observó la indignación que mostraba su interlocutor, que éste no se molestó en ocultar. Sentándose en un banco de piedra, la joven ladeó la cabeza y sonrió con desdén—. ¿En qué está pensando, Griffith *ap* Powel?

—Me preguntaba si sabe algo que la reina desea que no se divulgue, y por eso le saca dinero.

Su franqueza demostraba la falta de respeto que sentía por ella, y la ira que Marian había logrado reprimir hacía poco, afloró de nuevo. La ligera brisa que soplabá sobre el lago acentuaba el color encendido de sus mejillas, y le miró con rabia. Luego recordó el secreto que no le pertenecía, bajó los ojos y dijo con calculado tono de indiferencia:

—Mi señora Isabel no es el objeto de ningún chantaje. Ha llevado una vida ejemplar, como no podría ser de otra forma. Su padre, el rey Eduardo, la adoraba. Luego su tío, el rey Ricardo III, cumplió con su deber hacia ella.

—¿El rey Ricardo? —replicó Griffith con desprecio—. Querrá decir el usurpador. Ricardo era hermano de Eduardo. Los hijos de Eduardo debieron heredar el trono, pero ¿qué ha sido de ellos? ¿Dónde están ahora?

Sujetando el talego de cuero con firmeza, sintiendo el volumen de las monedas que contenía, Marian reprimió de nuevo su inquina.

—Lo ignoro, pero Isabel era su hermana. No tuvo nada que ver con su desaparición.

—Fue Ricardo quien los encerró en la Torre, de la que no salieron jamás. —Griffith apoyó el pie en el banco junto a ella, apoyó el brazo sobre su rodilla y acercó el rostro al suyo—. Desaparecieron sin dejar rastro. Yo luché por Enrique y rogué a Dios que le concediera la oportunidad de unir a los York y a los Lancaster en matrimonio, pero cuando vinimos a Londres, descubrimos la verdad. Descubrimos que lady Isabel había bailado con el asesino de los príncipes. Vivía en la corte de Ricardo, lucía las ropas que él le había regalado y prestaba a su corte una legitimidad que no habría tenido sin ella. Isabel muestra los síntomas de decadencia que ha asolado a la Casa de York, y esa decadencia ha pasado ahora a los Tudor.

Sin pensar en lo que hacía, Marian le golpeó en la cara con el talego, partiéndole la nariz. Griffith retrocedió tambaleándose, y mientras la sangre corría entre sus dedos, ella le sujetó de la camisa y lo atrajo bruscamente hacia sí.

El tejido de lino se desgarró por varios lugares, pero ella dijo con tono quedo e intenso:

—Mi señora Isabel lo sacrificó todo para salvar a sus hermanos. Todo. Maldita sea, no vuelva a insultarla en mi presencia, o tomaré mi espada y le ensartaré con ella.

Acto seguido lo apartó de un empujón y echó a andar apresuradamente por el sendero, dejando caer el talego debido a su furia

y a sus prisas. Cuando estuvo segura de que él no podía verla, se recogió la falda y apretó el paso. Quería alejarse de ese patán, ese cretino, ese adúlador de Enrique.

Probablemente no había sido oportuno golpearle. Y menos con el pesado talego. Había oído un crujido. ¿Le había partido la nariz?

Pero ¿cómo se atrevía ese tipo a acusar a Isabel de haber colaborado con Ricardo en el asesinato de sus hermanos? Marian conocía la verdad. Había sido colocada al servicio de Isabel cuando tenía cinco años, pues ambas tenían la misma edad y eran parientas consanguíneas. Desde el principio había tenido muy claro que debía servir a Isabel en todo.

Al mismo tiempo, a Isabel le habían inculcado que debía sacrificarse por la dinastía. Cada gesto, cada palabra, cada sonrisa era sopesada y juzgada como digna o indigna de una princesa de la Casa de York. Isabel, que había sido una jovencita bondadosa y afable, siempre se había esforzado en mostrarse digna de su misión, y si no poseía una gran inteligencia..., lo cierto es que no era necesario que una princesa fuera inteligente.

No fue necesario hasta que su padre, el rey Eduardo IV, falleció. Entonces vinieron unos tiempos de traiciones, e Isabel no estaba preparada para mediar en los manejos políticos que condujeron al país a la guerra. Su amado tío asumió la custodia de sus hermanos, asegurando que sólo deseaba protegerlos, tras lo cual, en un anuncio tan insólito como detestable, declaró que eran ilegítimos. Declaró que todos los hijos de Eduardo eran ilegítimos.

Acatando los deseos de Ricardo, el Parlamento le nombró rey.

Marian había sostenido la mano de su señora mientras ésta lloraba por sus hermanos, por su libertad, por su honor, el cual había sido pisoteado. Había ayudado a Isabel a hacer planes. Cuando Ricardo y su esposa la invitaron a la corte, al principio Marian e Isabel habían protestado indignadas, pero luego habían decidido urdir un plan. Si Isabel permanecía en la corte, si desempeñaba el papel de sobrina sumisa, quizá lograra averiguar qué había sido de

sus hermanos. Quizá lograra influir en su tío, quizá lograra ayudar a sus hermanos a fugarse.

Marian e Isabel habían tramado unos planes audaces, tratando de cubrir cualquier contingencia, pero no podían imaginar el papel decisivo que jugarían en el malhadado reinado de Ricardo. Si tan sólo...

Marian suspiró. Acabaría enloqueciendo si pensaba en lo que pudo haber sido.

Su casita se hallaba próxima a la imponente muralla que rodeaba el castillo y lo protegía de cualquier asalto, y lejos de la torre del homenaje de Wenthaven. Lo cual la complacía. De ese modo, estaba lejos de lord Wenthaven, del politiquero en el que estaba metido y de las oscuras intrigas que tramaba. Ella y su hijo estaban a salvo.

Lionel. ¿Se habría despertado ya?

Tras abrir la verja del jardín delantero, Marian lo llamó y sonrió cuando el niño, rollizo y moreno, apareció corriendo por una esquina de la vivienda. Ella lo tomó en brazos y exclamó:

— ¡Estás lleno de arena! ¿Has estado jugando con la arena?

El niño asintió, sonriendo de oreja a oreja, y le acarició las mejillas con sus sucias manos.

— ¿Has construido un castillo?

El pequeño asintió con la cabeza.

— ¿Con un foso?

— No le diga nada de un foso —terció la niñera de Lionel, que apareció también por la esquina de la casa—. Querrá ir al pozo en busca de agua y se pondrá perdido.

Cecily, una joven bien parecida, guardaba una asombrosa semejanza con la madre de Marian. Pero a diferencia de ésta, una mujer encantadora que había fallecido hacía tiempo, Cecily era una joven de pocas luces que se dejaba influir fácilmente por la moda, por las opiniones y en especial por la admiración de un hombre. De cualquier hombre.

Sin embargo, había seguido a Marian, sin apenas rechistar, al Castillo de Wenthaven, situado en un lugar lejos de toda civilización.

—¿Ha dormido la siesta? —preguntó Marian.

Cecily apartó de un soplido un mechón de pelo que le caía sobre los ojos.

—Ha dormido un poco, pero no ha parado en toda la tarde.

Marian le dio un achuchón, le besó y dijo:

—Sí, es un niño sano y robusto.

—Nadie diría que durante su primer año de vida no dejó de berrear.

—Eso era porque padecía cólicos —dijo Marian sin apartar la vista de Lionel al tiempo que lo depositaba en el suelo.

—Fue horrible —convino Cecily categóricamente.

Marian no respondió. Había muchas cosas que no revelaba, pero ante todo su inicial antipatía por Lionel.

No había deseado ser madre. Los niños no le interesaban. Y cuando la comadrona había depositado el cuerpecito ensangrentado y resbaladizo en sus brazos, ella había reaccionado con una repugnancia impropia de una madre.

—Los niños prematuros siempre son muy menudos, llorones y feos, según tengo entendido. —Cecily parecía dar por sentado que Marian opinaba lo mismo—. A veces pensé que no sobreviviría a sus primeros meses.

En ocasiones, por las noches, cuando el niño pasaba horas berreando, Marian no había estado segura de desear que el pequeño sobreviviera. Al recordarlo se estremeció como para desterrar su sentimiento de culpa y siguió a Lionel hasta el montón de arena del río que habían transportado aquí para que jugara con ella.

Cecily les siguió.

—De no ser por usted, señora, me habría vuelto loca.

Los remordimientos de Marian la habían inducido a ocuparse cada vez más del cuidado personal del niño, hasta que..., hasta que un día éste le había sonreído.

Marian nunca había tenido motivos para creer en el amor, ni siquiera en un momento de iluminación. Pero la primera sonrisa desdentada del niño que sostenía en sus brazos la había cambiado. A partir de ese día, con cada sonrisa del pequeño, con cada enfer-

medad que había padecido y cada triunfo al superarla, ella se había sentido cada vez más unida a él. En estos momentos, mientras le veía agitar su cabecita morena al tiempo que jugaba con la arena, ella se deleitó en la fuerza de su amor por él. Habría sacrificado su vida por él, no por un sentido del deber o de lealtad, sino por amor.

Cecily emitió un suspiro tan sonoro como solía hacer Lionel cuando quería llamar la atención.

—Ojalá hubiera estado yo presente para atenderla durante el parto.

Marian la miró con incredulidad.

—¿Tú? Pero si te mareas cuando ves escupir a un hombre.

Cecily agachó la cabeza y confesó:

—Lo sé, pero estoy segura de que mis instintos femeninos se habrían impuesto.

Marian lo dudaba, pero no dijo nada.

—Como es natural, tuvo usted que acompañar a lady Isabel al exilio. Su señora no podía quedarse en la corte cuando empezaron a arrear los rumores. —Cecily se volvió y miró a Marian por encima del borde de su capucha triangular con ojos inocentes—. Me refiero a lo de casarse con el rey, su tío.

Marian palpó la carta que llevaba oculta en la manga y respondió:

—Ya sé a qué te refieres.

—Me sorprende que no confiara en mí. Tener que enfrentarse sola a semejante deshonor, sin el apoyo de su querida prima. —Cecily se sorbió la nariz—. Al fin y al cabo, yo era su doncella.

—Cecily. —Marian se volvió hacia ella—. ¿Con quién has estado hablando?

En el rostro de Cecily se pintó una expresión de culpa y balbuceó:

—¿Por qué cree que he estado hablando con alguien?

—Porque sabes muy bien que no quisiste estar presente en el nacimiento de Lionel. ¿Va a parir alguna de tus amigas?

Confusión, desconcierto, vergüenza... Cecily mostraba todos estos sentimientos cuando respondió tartamudeando:

—N...no.

Marian, con su habitual franqueza, continuó:

—Si le has dicho a alguien que me ayudaste en el parto, y que la ayudarías también a ella, más vale que confieses cuanto antes que mentiste.

Cecily hizo un mohín como si hubiera mordido un limón.

—No he mentido a nadie. Pero ha sido duro tratar de explicar por qué me dejó usted en la corte y fue a parir a Lionel sin mi ayuda. Las... otras doncellas insinúan que no se fiaba de mí.

—¿Que no me fío de ti? —Marian lo comprendió de golpe y estrechó a la diminuta Cecily entre sus brazos—. Por supuesto que me fío de ti. —Compensó esa media mentira con un cariñoso abrazo—. Fue mi preocupación por ti lo que me hizo dejarte en la corte. Quería que encontraras marido, que fundaras un hogar. No quería que mi deshonra cayera también sobre ti..., como así ha sido.

—No, no —balbució Cecily.

—Es verdad, aunque no te has quejado en ningún momento. Si no sabes cuánto aprecio tu sacrificio significa que soy una ingrata. Cecily se apartó.

—No es una ingrata. Ha sido muy buena conmigo. Me llama prima...

—Porque lo eres.

—Una prima bastarda. —Al darse cuenta de su metedura de pata, Cecily miró a Lionel y balbució—: Aunque no hay nada de malo en ser una bastarda. Pero no soy como usted. No sé de letras. Y no sé utilizar una espada.

Marian sonrió y se arrodilló junto a su hijito de dos años, el cual jugaba entusiasmado. Mientras le ayudaba a hacer un montoncito de arena, la joven prosiguió:

—Algunos dirían que es una ventaja.

—Los hombres hablan entre sí, y oigo lo que dicen. Algunos opinan que es usted muy atractiva.

—Y otros no —contestó Marian, recordando el gesto de contrariedad que mostraba el galés y el chorro de sangre que había



brotado de su nariz cuando ella le había enseñado a respetar a sus superiores. Sir Griffith poseía un encanto rudo, como el de una montaña sin conquistar, escarpada y llena de misterios, y ella se arrepentía de haberle golpeado.

Pero lo tenía bien merecido, y, maldita sea, había hecho que ella olvidara su talego.

Tendría que regresar y rogarle que se lo devolviera. Y él, sin duda, la obligaría a suplicarle. Marian se estremeció. Necesitaba ese dinero, pero no quería volver a ver a ese hombre alto y moreno. No quería escuchar como esa voz aterciopelada manifestaba la desaprobación que ella le inspiraba. No quería disculparse ante él, y si iba a verlo tendría que hacerlo. Quizás existía otra solución. Quizá... Marian entrecerró los ojos. Sí, ya se le ocurriría otra solución.

—Ese hombre cree que es usted muy atractiva.

Pensando todavía en Griffith, Marian arrugó el ceño.

—Te equivocas.

—Le aseguro que sí. ¿Por qué iba a pelear con usted si no fuera por el privilegio de compartir su lecho?

—¿Qué? —Confundida, Marian comprendió al cabo de unos instantes que Cecily se refería al patán de Harbottle, al que despachó con un ademán—. Ah, ése. Forma parte de la legión de estúpidos que creen que soy una presa fácil. Hoy le he dado un escarmiento.

—He hablado con él. Está dispuesto a desposarla.

La proposición indirecta de su prima, expresada en un tono destinado a inducir gratitud, la enfureció, y le costó no pocos esfuerzos controlarse.

—No me cabe duda de que lo haría para mejorar su posición y rebajar la mía. No, gracias.

—Si no se casa, no podrá tener un hijo legítimo.

Marian se levantó apresuradamente.

—¿Te refieres a que estoy destinada a tener otro hijo bastardo?

—¡No! —Cecily frunció sus carnosos labios en un mohín de perplejidad—. No, yo...

—Puede que haya multitud de hijos bastardos en Inglaterra,

algunos de los cuales viven más que holgadamente. Pero sus padres los han reconocido. Lo cual demuestra lo viriles que son esos nobles. Y lo varoniles. —Marian miró irritada a su prima, y Cecily retrocedió—. Lionel no tiene un padre que lo haya reconocido. Sólo me tiene a mí, y yo le protegeré, y que nadie se atreva jamás a... —Marian se detuvo al sentir que el niño le tiraba de la falda. Lionel se puso de pie, asiendo con sus manitas la falda de su vestido, mirándola con sus ojos castaños llenos de preocupación, y Marian se mordió la lengua. Se arrodilló junto a él, lo abrazó y alzó su rostro hacia la brisa. Cuando se hubo serenado, le preguntó—: ¿Quieres que te ayude a construir una carretera?

El niño asintió, y miró a Cecily.

Enojada aún con su criada, pero aún más enojada por haber perdido el control, Marian dijo:

—Cecily irá a cortar unas rebanadas de pan para nuestra cena, tesoro. ¿Quieres también miel?

El pequeño asintió de nuevo, pero Cecily juntó las manos en un gesto de súplica.

—Ay, lady Marian, confiaba en que...

Marian sabía a qué se refería la joven.

—¿Sí? —preguntó, aunque ya había decidido conceder a Cecily su deseo, esto es, dejar que se marchase para alejarse de ella.

—Confiaba en poder ir a la mansión y participar con los otros en los festejos.

—¿Participar con los otros? —Marian sabía que hacía mal en burlarse de la chica, pero ésta la había herido en su orgullo con su falta de tacto—. Creí que sólo participabas con uno.

—Estaré ausente toda la noche, señora, si no me necesita.

—Ay, Cecily.

Marian sintió que se le encogía el corazón al pensar en la suerte que aguardaba a su criada, y no pudo dejar de preguntar:

—¿Con quién te encuentras?

Cecily mostró su deslumbrante dentadura al tiempo que sonreía y se sorbía la nariz.

—Es un hombre que estoy segura que usted aprobaría. Es inteligente y maravilloso.

—Entonces ve, por supuesto. —Cuando Cecily se alejó apresuradamente, empezando a acicalarse, Marian añadió con tono solemne—: Pero ten cuidado, Cecily, no sea que acabes acunando a otro niño sin padre en tus brazos.